

REPORTAJE

Texto: **SALVADOR RODRÍGUEZ**
Fotos: **ARCHIVO FARO**

Gaspar de Zúñiga y Acevedo había sido pilar fundamental en la guerra contra los portugueses y también había destacado en la defensa de A Coruña durante el asedio del corsario inglés Francis Drake en 1589. Aunaba entre sus cualidades las de excelente estratega militar y hábil político, por eso no es de extrañar que Felipe II lo eligiese para el desempeño de un cargo que, en una decisiva etapa histórica en la que se alternaba la consolidación de las tierras ya conquistadas con la expansión del imperio español en el continente americano, necesitaba de personajes de peso. Felipe lo nombró virrey de Nueva España, un inmenso territorio que abarcaba desde Norteamérica hasta Costa Rica y Filipinas. Nueva España fue el primer virreinato fundado por la Corona (1535) y a Gaspar de Zúñiga le cupo asimismo el honor de ser el primer gallego en ostentar un cargo que sólo siete paisanos más llegarían a alcanzar.

Era aquella todavía una época de conquistas, por eso Zúñiga, prácticamente nada más llegar a la ciudad de México para tomar posesión, organizó una expedición constituida por cinco navíos que dio como resultado la toma (y "descubrimiento") de California, a cuya bahía bautizaron con el nombre de Monterrey, condado de origen de este ourensano del que bien puede decirse que sólo "fracasó" en uno de sus empeños: el de hallar las legendarias Siete Ciudades del Oro, es decir, lo que hasta nuestros tiempos ha llegado a conocerse con la mítica denominación del Eldorado.

En 1603, cinco años después de la muerte de Felipe II y tras haber cumplido con creces su misión en Nueva España, el sucesor, Felipe III, decidió destinarlo al virreinato del Perú, el segundo más extenso de la Corona - fundado en 1542 comprendía desde Panamá a Cabo de Hornos toda la Sudamérica española- y allí el conde gallego, rebasadas tal vez sus ansias conquistadoras y sus días de plenitud física, desplegó su mayor disposición en humanizar las condiciones de trato de la población indígena. Infelizmente, no tuvo mucho margen para ello: dos años y medio después falleció en Lima a los 46 años de edad.

Frente al perfil heroico de Gaspar de Zúñiga, el de **García Sarmiento de Soto Mayor**, Conde de Salvatierra, respondía más bien al de un gestor eficaz, pragmático, muy válido para solventar situaciones de emergencia. Felipe IV lo nombró virrey de Nueva España porque sospechaba que su predecesor, el marqués de Ville-



José Antonio de Mendoza Caamaño y Sotomayor, Marqués de Vilagarcía.

➤ Gaspar de Zúñiga fracasó en su intento de encontrar las Siete Ciudades de Oro, el mítico Eldorado. Pedro Antonio Fernández de Castro impulsó la canonización de Rosa de Lima, la primera mujer nacida en América consagrada como santa católica ◀

LOS GALLEGOS QUE VIRREINARON

NOBLES, MILITARES O CLÉRIGOS, GOZARON DE LA PLENA CONFIANZA DE SUS MONARCAS, A QUIENES REPRESENTABAN COMO MÁXIMAS AUTORIDADES EN LAS COLONIAS

na, conspiraba contra él aliándose con los portugueses. En los cuatro años en los que desempeñó el cargo de virrey de Nueva España, a García Sarmiento le dio tiempo a reconstruir los acueductos que surtiendo agua a la ciudad de México, a construir el presidio de Cerro Gordo, a regularizar las percepciones de la Hacienda Real y a establecer el uso de papel sellado para los trámites legales y administrativos. Una de las poblaciones a las que

llegó la traída de agua gracias a las obras del conde recibió el nombre de Salvatierra. Al igual que ocurrió con Gaspar de Zúñiga, a este pontevedrés de A Cañiza también se le asignó, en 1648, el virreinato de Perú donde comenzó las tareas de reconstrucción de una Cuzco maltrecha tras el terremoto del 31 de marzo de 1650. A pesar de ser cesado en su cargo, continuó residiendo en Lima hasta la fecha de su muerte, el 26 de junio de 1659.

De vocación religiosa y nada amigo del desempeño de altos cargos incluso en este ámbito (al punto de que rechazó hacerse cargo del arzobispado de México), el coruñés **Diego Osorio Escobar y Lemos**, antiguo inquisidor muy cercano a los jesuitas, asumió el virreinato de Nueva España el 29 de junio de 1664 con carácter interino y más que nada como un favor personal hacia el monarca para corregir los errores de su antecesor, Juan de

Leyva de la Cerda, a quien le fue ordenado regresar a España para dar cuentas de sus delitos de corrupción. En septiembre de 1664, renunció como virrey para instalarse en Puebla, ciudad de la que fue obispo y en la que falleció el 17 de octubre de 1673.

Nacido en Lugo, según el reciente volumen de la Real Academia de la Historia, **Pedro Antonio Fernández de Castro Andrade y Portugal** ostentaba los títulos de X Conde de Lemos y VII Marqués de Sarria. Favorito de Carlos II, don Pedro tenía fama de ser un hombre justiciero, inflexible y, sin ser llegar a tomar los hábitos como Diego Osorio, era, como éste, muy afín a los jesuitas. No sorprende, así pues, que durante su gestión al frente del virreinato de Perú (1667-1672), haya que incluir logros como la construcción de la Iglesia de los Desamparados (Lima) y la fundación de la Casa de las Desamparadas (que acogía a prostitutas arrepentidas). Su influencia fue decisiva para la canonización de Santa Rosa de Lima, la primera mujer nacida en América consagrada como santa católica.

Fallecido en Lima el 6 de diciembre de 1672, se da el curioso caso de que su cuerpo fue sepultado en la Iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados en tanto su corazón depositado a los pies de la imagen de esta santa. En el año 1938, cuando esta iglesia resultó demolida, el corazón del Conde de Lemos fue llevado a la Iglesia de San Pedro, habilitándose un nicho entre los altares de San Francisco de Borja y San Luis Gonzaga, en tanto el resto de su cuerpo sería trasladado a España.



Diego Osorio de Escobar.



Pedro de Castro y Figueroa.



José Sarmiento de Valladares.





El último virrey de la dinastía de los Habsburgo también fue gallego. Se trataba de **José Sarmiento de Valladares**, un individuo peculiar cuyos enemigos no se cansaron de ridiculizar en vida recordando la anécdota de su entrada en la ciudad de México para asumir el virreinato de Nueva España. Según testimonio de algunos cronistas, durante el que se pretendía un paseo triunfal de presentación ante el pueblo por las calles, su caballo efectuó un movimiento inesperado que provocó la caída del recién llegado entre las risas de la multitud.

Otro hecho que llama la atención de Valladares fue que se casase con una descendiente directa de Moctezuma, el mítico caudillo indígena, de la que tomó el título de Conde de Moctezuma. Hombre de la total confianza de Carlos II "El Hechizado", José Sarmiento declaró en la práctica un estado de excepción en la ciudad de México para combatir la plaga de robos que asolaba la capital del virreinato. La muerte de Carlos II en 1701 devino en su cese y su inmediato regreso a España.

El tercer Marqués de Vilagarcía, **José Antonio de Mendoza**

Caamaño y Sotomayor

fue nombrado por Felipe V virrey de Perú cuando, en 1735, con sesenta y ocho años de edad, ya había vivido lo suficiente como para no albergar mayores ambiciones. El reto acabó por superarle pues no solamente tenía encomendada la misión de hacer frente a las revueltas locales fruto de un inhumano sistema esclavista que él intentó dulcificar, sino también a la temible flota inglesa que dominaba el Caribe durante la Guerra de la Oreja de Jenkins a la vez que combatir el hostigamiento de las tropas portuguesas en la frontera con Brasil. Después de solicitar su sustitución, la muerte lo sorprendió el 16 de diciembre de 1646 a la altura de Cabo de Hornos en el transcurso de la que iba a ser su travesía de regreso.

San Julián de Cella (Cambre) fue la cuna de nacimiento del que pasaría a ser conocido como Duque de la Conquista, **Pedro de Castro y Figueroa**, un recio militar que se ganó su fama en la Guerra de Sucesión Polaca, en la que obtendría este título, y que fue designado virrey de Nueva España en 1740, en uno de los momentos más calientes del conflicto angloespañol en las colonias. Apenas un año duró su vi-



Sobre estas líneas, García Sarmiento de Sotomayor y, a la derecha, Gaspar de Zúñiga y Acevedo. A la izquierda, Pedro Antonio Fernández de Castro. Abajo, Francisco Gil de Taboada.



» A José Sarmiento de Valladares le persiguió el resto de su vida una anécdota: durante su paseo triunfal de toma de posesión del virreinato de Nueva España se cayó de su caballo ante las risas de la



reinato, pero lo más curioso fue que, en su viaje de ida a América, el buque en el viajaba resultó atacado por una fragata inglesa. Consiguió huir de los británicos a bordo de un pequeño bote con el que alcanzó la costa de San Juan de Puerto Rico, ciudad en la que se las tuvo y se las deseó para demostrar quién era puesto que durante el abordaje perdió todos sus papeles.

Los méritos contraídos a lo largo de su rutilante trayectoria militar en la Armada llevarían al lucense **Francisco Gil de Taboada** a ser designado en 1788 virrey de Nueva Granada territorio desgajado de Nueva España que comprendía los actuales de Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela; y, dos años después, de Perú. Con todo, la parte más interesante de la biografía de Gil de Taboada corresponde, no obstante, a los años de la Guerra de la Independencia. Efectivamente, a su regreso de América, fue nombrado director general de la Armada. Ejerciendo ese cargo, sobrevino el Motín de Aranjuez, la abdicación de Carlos IV y la invasión de los franceses, ante los cuales el comportamiento de este gallego, ya octogenario, destacó por su firmeza al extremo de que, pese a negar su fidelidad a Bonaparte, las guarniciones gala en Madrid le tributó los honores fúnebres que le correspondían por su alta dignidad.

